

# REGINA

María Hortensia Troanes\*

*A Claudio Mattaloni*

I  
Se apagan  
las estufas de día y de noche.  
Se acumulan sin peso  
uno a uno  
cientos,  
en los cañizos.

Entre risas, las mujeres,  
con malabares delicados,  
separan, desprenden, desbaban,  
soplan como a panaderitos  
los capullos  
esas mudas espumas, **sin mar.**

La luz del día, el arte y ellas,  
apilan, barajan, imaginan,  
rozan, se cubren, se revisten  
del ancestral misterio de la seda.

–Éste sí, éste no... ¿éste?  
Entrecruzan miradas sagaces.  
Con paciencia sopesan  
– suman, quitan –

\* Poeta argentina.

constantes en su dulce equilibrio  
de balanza.

–¡ÉSTE! Éste paraaaaaaaa:  
¡Regina!  
La ronda de las muchachas resplandece:  
alegría.

Y yo corro azarosa a tomar  
el tesoro,  
que guardo en mi cajita,  
carpinterías del abuelo  
–porque el invierno ocupa su taller.

\*\*\*

Ah primavera propicia ya avanzada  
única en mi recuerdo.  
Detuvo el frío, el hambre, la pobreza,  
detrás de las primeras colinas,  
en las nieves del Monte Negro.  
Como un pesebre:  
cálida Remanzacco  
de 1870 y...

\*\*\*

–Yo, Regina,  
soñé y en sueños conocí a Leizu la emperatriz.  
Sobre los hombros,  
y en las palmas de mis manos,  
multicolor caía una lluvia de capullos de seda.  
Con verdes: musgo, oliva, helecho,  
tiritas sutiles de hoja de *gelso*,  
espigas de trigo aún no maduras.  
¡Volaban los amarillos por el aire!  
amarillo de las retamas, amarillo de los narcisos,  
de las dalias,  
amarillo oro del maíz,  
limón, miel, azafrán, polenta, azufre,  
sol.

Rojos capullos óxidos caían y caían.  
Vino caliente espeso, picolit,  
frambuesas húmedas en los cestillos de la cena.

Vi capullos azules caer  
de azul genciana, azul zafiro y ese otro azul inquietante  
**de ultramar...**  
¡Llovían los marrones!  
Surcos, viñedos en líneas escarpadas,  
senderitos entre *borgo y borgo*,  
vetas de tronco añoso, tierra.  
Capullos de un naranja brillante,  
descendían ligeros las moreras.  
Violetas y morados caían de las ramas  
cual apretados racimos de uvas estalladas.

Yo, Regina, bailaba la danza de la primavera  
devanaba y tejía los hilos  
con lanzaderas veloces  
y se grababan arco iris que ondulaban  
por mi vestido sencillo  
¡con hilos de seda!

\*\*\*

Ya se ha barrido el carro  
Ya se ha lavado el carro  
Ya se ha secado el carro  
al sol.  
*Lucca... Genova... GENOVA*  
Leve la carga de capullos de seda.  
Las mujeres anudan los atados  
de tela fina.  
Anudan los envoltorios suaves  
para la turba de crisálidas dormidas  
rumbo a la plaza bulliciosa del mercado  
o al secadero Bozzoli  
de Cividale del Friuli.

## II

La carta contaba  
que al nacer una niña,  
en Argentina,  
su padre, de Orria, provincia de Salerno,  
en su medialengua de reciénllegado  
clamaba con angustia:

*¡é mia Nora! ¡é mia Nora!*

Y anotaron Minora como nombre.

–Aunque es bonito llamarse así.

Sí que es bonito.

Yo, Regina,  
todavía no sé leer ni escribir,  
pero al llegar,  
no permitiré que cambien  
mi nombre, ni una sola letra.

Regina

Soy Regina, lo seré.

Mi nombre viaja conmigo  
para siempre.

\*\*\*

¡Viento endemoniado!  
Inmerso en el espacio  
el vuelo sostenido de un pájaro:  
a mitad de camino,  
alto sobre los viñedos,  
enfrente de la casa.  
Pobrecito no puede volver,  
ni avanzar.  
Solo tan solo solitario.  
Después se va.

Abajo  
en el establo  
las pisadas de las vacas  
retumban  
siento que estoy tan intranquila  
como ellas.  
Todos duermen en la casa.

Rumio  
¿tendrán los animales  
abrigo suficiente?

Las hendijas de la ventana  
filtran  
las sombras del patio  
–las macetas–  
Y se va luego el ojo mío  
por la puerta trasera  
donde el trigo y la cebada  
y el afrecho...  
–¿Por qué estás levantada,  
no duermes, Regina?  
–Es el viento, madre.  
Ese viento endemoniado.

\*\*\*

Una escalera días atrás.  
La hoja de papel  
la compré en Cividale.  
Sobre el arco de entrada,  
grabada en piedra por el antepasado,  
quedó la fecha final de construcción  
de este *casale*  
*settecentesco*.  
Al papel la calqué, con mi mano y un lápiz.  
¡Cómo haré que esta hoja **arrive**  
sin ajarse!  
Sí, entre cartones.

Regina mira las torpes rayas negras:  
una bandada oscura  
de la primavera.

–Tienes razón, Regina, es verdad.  
Aunque llevemos la fotografía de la casa  
–copia fiel de la que queda aquí–  
estos trazos son como la sangre:  
más crudos, más nítidos, más cercanos.

\*\*\*

Hoy pasó el fotógrafo por el *casale*.  
Viene de Udine.  
Primero se detuvo en Grupignano.  
Casi le llevó el día de trabajo, de casa en casa  
los encargos.  
Dijo que el atardecer  
favorece la luz.  
Nos ubicamos todos.  
Los hombres con el traje de casamiento.  
Las mujeres con collares y flores.  
Yo tengo puesto un moño grande  
y zapatos nuevos.  
Se sientan la nona y el nono  
de un lado mis padres  
del otro mis tíos.  
Los chicos quedamos apretados  
en abrazos que todavía  
dan calor.

—Ahora quietos, sonrían.  
Miro la cámara con los ojos fijos  
y justo tocan las campanas  
de San Juan Bautista.  
Sentí que adentro de mi corazón  
yo misma  
me había hecho grande.

\*\*\*

¿Habrá tréboles de cuatro hojas  
en América?  
Hago un ramito  
con los que más me gustan  
los veteados  
como los pensamientos  
y los ato con una cinta de mi pelo.  
Después lo dejo en la mesa de la cocina,  
sin decir nada a nadie.

\*\*\*

El abuelo me preparó  
una bolsita  
con semillas de morera, *il mio gelso!*  
–Para que no pierdas la costumbre  
de criar los gusanos, tus hilos y tus sedas.  
Y me besó en la frente.

\*\*\*

–¿Qué vas a llevar, Regina?  
–Mi costurero, las madejas de hilos de seda  
de todos, pero de todos los colores.  
Ovillos de lana, muchos ovillos.  
Y la tela que bordó la abuela  
para el ajuar  
cuando me case.

III

–Adiós, adiós, adiós.  
Los perros siguen el carro.  
Y abrazada a mis padres  
veo cómo se empequeñece todo  
en Remanzacco:  
la familia  
los chicos  
las casas  
la torre de la iglesia  
los sembrados.  
Agito una punta del pañuelo de seda  
y con la otra, seco una lágrima  
que se transforma en un sollozo  
y luego en un llanto que  
pasa por los huertos  
y dura, dura, atravesando la ciudad.  
Regina llora llora llora  
hasta que llegan a la estación de trenes  
Udine donde sacan los pasajes

y esperan en un banco, hasta que la campanilla  
anuncia la partida.

–Adiós, adiós, adiós.

Comen queso con pan  
y frutas secas.

Regina apoya las dos manos

en la ventanilla y

no despega su carita durante todo  
el tiempo.

Nunca viajó en tren.

Nunca fue a Génova.

Nunca vio el famoso puerto.

Nunca se fue para no volver.

#### IV

**...sin mar... de ultramar... Génova... arrive... Necesidad.**

*¿Cuándo partiste para la Argentina? ¿En qué barco? ¿Cuándo te casaste con el bisabuelo Santiago? ¿Dónde te casaste: ¿en Casilda, en Arequito? ¿Cómo se encontraron? ¿En qué condición murió tu primer hijo? ¿Cómo se llamaba?*

*Ah, barreras de la memoria...*

*Qué sé:*

*Que eras friulana. Que te casaste en Argentina. Que en 1895 tenías cinco hijos vivos y uno muerto. Emilia, Ida, Amadeo –mi abuelo, a quien tampoco conocí– Mario y Félix: nueve, siete, cinco, tres y un año. Que no encuentro ninguna fotografía tuya. Que en 1895, tus 29 años todavía no sabían leer ni escribir. Que el bisabuelo Giacomo, de Grupignano, alfabeto, herrero y carpintero, te llevaba catorce años. Que Giacomo vino con su hermano Fabiano, en 1878. Que se instalaron en las provincias de Santa Fe y de Entre Ríos. Que mi abuelo y sus hermanos compraron campos en Arequito. Que mi madre adoraba a una tía Regina, delicada y dulce, que la mimaba y le preparaba manjares exquisitos cuando la visitaba, en Arequito, para las vacaciones de verano. Que llevaba tu nombre, tu nombre, sí, Regina. Que yo te quiero ahora y te abrazo y te busco, te seguiré buscando, hasta que vuelvas a la historia y dejes de volar unos instantes por allí, esplendorosa, con tus capullos de seda. Y me hables con el lenguaje de las almas. Oh, debe sonar tan cristalina tu voz de mujer valiente capaz de la epopeya. Sé que tu vida fue siempre feliz, en sus esencias. Y que nos movemos de aquí para allá, los humanos, empujados por Ananké, la poderosa. Necesidad. Que vista, desde donde tú estás, susurrará como un sonajero de recién nacido, cobrando su sentido.*